



la Ilustración de la Infancia



REVISTA TIPO-AUTOGRAFA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR

D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

COLABORADORES.

Asensi (D.^a Julia).
G.^a Balmaseda (D.^a Joaquina).
Gassó y Ortiz (D.^a Blanca).
Gimeno (D.^a Maria de la Concepcion).
Grassi (D.^a Angela).
Sinues (D.^a Maria del Pilar).

Alfaro (D. Mannel Ibo).
Ballester (D. Guillermo).
Barrera (D. Pedro).
Campoamor (D. Ramon).
Castillo y Soriano (D. José).

Castillo y Alba (D. Enrique).
García Santisteban (D. Rafael).
Hartzenbusch (D. Juan Eugenio).
Henao y Muñoz (D. Manuel).
Hurtado (D. Antonio).

La correspondencia se dirigirá á los Editores GONZALEZ y BALARI, Silva, 12, Madrid

NIÑAS Y FLORES

Las flores son la primavera del año; las niñas la primavera de la vida.

Las niñas, como las flores, tienen alborada y crepúsculo, brillante existencia, vida fugaz.

Fraternizan, se aman porque se asimilan y se comprenden; un capullo de rosa y una niña son dos capullos.

La mañana del día, al espirar entre perfumes y frescura, convierte el capullo en flor; la mañana de la vida, al desaparecer con sus armonías seductoras, transforma la niña en mujer.

Las flores, como las niñas, son seres sensibles que tienen vida propia: las flores respiran, crecen, palpitan, se entusiasman, se exaltan, sufren, rien, gimen, lloran, mueren.

¡Cuántas veces al tronchar una azucena os habreis detenido indecisos sin saber por qué!

¡Ah! era que oíais un gemido vagamente,

el gemido de la azucena, y lo que destilaba en vuestros dedos su tallo, ese líquido que llaman sávia los naturalistas, era el llanto de la flor.

Las flores, seres delicados que se agitan momentáneamente con perceptibles estremecimientos, duermen también y se despiertan solas: hay flores fluviales que al asomar la aurora alzan sus cabezas en las orillas de los lagos, permanecen erguidas durante el día, y al declinar la tarde contraen sus pétalos y se sepultan en las profundidades de sus lechos acuáticos.

Así como las niñas tienen sus días de recreo, las flores tienen sus horas festivas: los días de sol espléndido, de brisas y fresco rocío, son para ellas grandes solemnidades, en las cuales ostentan su inocente alegría revelada en vivos matices.

Las flores tienen fisonomías distintas y hasta tipos: las hay rosadas y pálidas, raquíticas y esbeltas. En el mundo vegetal, tienen también, cual las niñas, sus jerar-

quias y heráldica: hay flores aristocráticas y plebeyas, flores que ocupan puestos elevados y flores que ocupan humildes puestos, flores de cuna de oro y de cuna de barro, flores distinguidas ó vulgares.

La rosa es la más ilustre, es la Vénus de los jardines, la más aristocrática del vergel, la reina de las flores: cautiva la atención universal, su imperio es glorioso, numerosa la pléyade de sus admiradores.

La Grecia se postró ante la rosa; las ciencias y las artes le han consagrado su culto por bella y útil. La rosa ha representado siempre un gran papel. Homero, Herodoto, Virgilio y Horacio le han dirigido grandes elogios en sus libros. San Basilio dijo que ántes del pecado de nuestros primeros padres, las rosas no tenían espinas; Santa Rosa, nacida en Lima, se llamaba en realidad Isabel, pero su madre la llamó Rosa por el dulce brillo de su semblante. Hubo en Roma durante la Cuaresma un domingo de la rosa, *dominica in rosa*, en el cual el Sumo Pontífice bendecía una rosa y la enviaba á algun príncipe ó princesa de Europa como testimonio de simpatía: esta rosa era de oro.

La rosa blanca y la rosa encarnada fueron famosas en Inglaterra, como símbolos de la casa de York y Lancáster.

La rosa ha sido siempre el premio del amante, del héroe y del poeta.

Hay rosas en todos los países; la naturaleza, siempre pródiga, ha colocado la rosa bajo todos los climas, regalándola como tipo de belleza y esplendor.

Las flores son la gala de la creación, el rico manto de la naturaleza, el lujo de los pobres: la modesta frente de una pastora puede ostentar una guirnalda, del mismo modo que puede ostentarla la altiva frente de la opulenta señora. La tosca maceta de la sencilla aldeana no tiene menos poesía que el soberbio búcaro de la dama de salón.

En todas las edades amamos las flores, y quien no las ama denota tener alma fría y seca: la niña juega con ellas, la joven realza con ellas sus encantos, y el anciano se extasia con sus perfumes.

¡Qué espectáculo tan bello ofrece á la vista la blanca y respetable cabeza de un anciano inclinada sobre una maceta de flores que cultiva esmeradamente sin desdeñar esta ocupación que apellidarán frívola los corazones duros y prosaicos!

¡Cuántas veces una flor parietaria ha sido la dulce amiga del prisionero!

Las niñas y las flores son la sonrisa del triste, el consuelo del afligido, las cariñosas compañeras del desterrado.

Madama Roland en su prisión no se creía desventurada porque tenía flores y un rayo de sol.

Lo más hermoso del mundo son las flores: el profeta no encuentra para la Madre de Dios nada más sublime que ellas.

Por eso en su místico entusiasmo apellida á la Virgen rosa de Saron, lirio de la Siria, clavel de los Alpes, rosa de Jericó.

El mes de Mayo (mes de las flores) ha sido siempre consagrado á María.

Las flores tienen su epopeya, sus páginas de gloria, su celebridad, su historia.

El mundo cristiano adorna con ellas sus altares: en la fiesta de Pentecostés ha sido costumbre echar flores desde la bóveda de los templos sobre los fieles reunidos en la nave para simbolizar los dones del Espíritu Santo.

El niño inocente que va á regenerarse del pecado original en las aguas bautismales, lleva su pura vestidura orlada de jazmines; la fervorosa niña que llena de amor divino se acerca á la mesa celestial para gustar en éxtasis arrobador el pan de los ángeles, ostenta su aureola de blancas rosas; la casta doncella que tímida y pudorosa se acerca al altar con el elegido de su corazón para recibir la bendición nupcial, adorna de blancos azahares el poético traje, niveo cual fiel trasunto de su virginidad, y la triste huérfana saturada de amargura y pesar, deposita en la tumba de su madre pensamientos y siemprevivas, como pálido reflejo de la inextinguible luz del recuerdo maternal que la ilumina constantemente.

En los libros santos encontramos en bellas alegorías representado el Verbo Eterno por la flor de seis hojas (azucena), el amor divino por la flor del manzano, los justos por la de la higuera, y por las mandrágoras de Lia la fecundidad, que con tal presente fué Raquel la madre dichosa de José.

Los paganos también asociaron las flores á sus religiones y usos: los sabios eran coronados de flores; la del amaranto adornaba las estatuas de los dioses y los sepulcros de los grandes hombres, debido á que esta

flor conserva despues de seca su color; la estatua del pudor era representada con una rosa encarnada en la mano. Los árabes y egipcios dedicaron la acacia al dios del dia, porque observaban que las hojas de la acacia se abrian y cerraban guardando el período de la salida y postura del sol, y que su flor, resguardada por una especie de plu-
milla, imitá el radiante disco del astro rey.

Los indios adoran el loto que aparecia en la superficie de las aguas al salir el sol, y que se ocultaba cuando él; los buddistas, que profesaban la religion del sintoismo, tenian culto por una flor particular, á la cual atribuian el mérito de prolongar la

vida, y entre los brahamanes los astrólogos escribian el horóscopo de los niños en hojas de palmera.

Los romanos, desde los tiempos de los Antoninos rociaban de flores los sepulcros y plantaban en los alrededores las plantas más olorosas. Los habitantes del Asia Menor sembraban en el Campo de la Muerte arrayan, mirtos y siemprevivas. Cuando entró en Alejandria el lujoso carro fúnebre en el cual era conducido el jóven conquistador del Asia, adornábanlo perlas y flores.

(Se continuará.)

MARÍA DE LA CONCEPCION GIMENO.



BELLAS ARTES.

EL TESTAMENTO DE ISABEL LA CATÓLICA.

(Cuadro de Rosales.)

Desearios de que los niños conozcan las obras notables, no solamente del arte antiguo, sino tambien del moderno, damos hoy una copia fidelisima del bello cuadro que se admira en el Museo de Pinturas de Madrid, debido al pincel del eminente artista Rosales, muerto bien pronto para des-

dicha de los verdaderos amantes del arte en nuestra patria. Sirve de asunto al cuadro el triste momento en que la gran Reina Doña Isabel I, la que tuvo la suerte de colocar la Santa Cruz sobre el último baluarte de los moros en España; la que dió sus joyas para que el gran Colon pudiera partir á encontrar un nuevo mundo para nuestra patria; dicta su testamento, próxima ya á subir al cielo

para ceñirse su mejor corona, la que en él alcanzan las virtudes.

Ocupándose de dicho cuadro, dice el conocido escritor Sr. Ossorio y Bernard:

"Rosales, genio de la moderna escuela española, toma la representación que tuvo Velázquez en el siglo XVII y ejecuta las inapreciables obras que se llaman El testamento de Isabel la Católica, Los Evangelistas (destinados al templo de Santo Tomás de Madrid) y La muerte de Lucrecia. La primera de dichas obras — tal vez la más perfecta que en el género histórico ha producido el genio moderno español — pone en moda la escuela clásica de Madrid, pues lo mismo que el pintor de Felipe IV, Rosales mostraba aire, luz y verdad en su obra. Examinada de cerca, aparece toda confusa y groseramente pintada, se ven manchas de varios colores y salpicaduras de pincel; pero á una distancia conveniente se funde todo, se precisa y anima, y los extremos de las figuras, antes confusos, se dibujan y detallan de un modo admirable. Esta obra, premiada en Madrid y en Dublin, llega al concurso universal de París en 1867 y disputa el premio de honor al cuadro del pintor florentino Ussi; una leve diferencia de votos concede la primacía á este; pero la opinión unánime consagra el mérito de Rosales y el emperador Napoleón le concede la Cruz de la Legión de Honor, que niega á su contrincante. ¿Quién diría entonces á Rosales que tan breve había de ser la carrera de sus triunfos, y que la penosa enfermedad que minaba su

existencia, desde que pobre y desvalido luchaba en Roma contra la pobreza y la falta de protección, debía conducirlo tan en breve al sepulcro! Pero aún pudo ejecutar otras obras que confirmasen su valer, como los ya citados Evangelistas y La muerte de Lucrecia, lienzo en que acaso exageró Rosales sus cualidades típicas de sobriedad de color y estilo franco y atrevido, pero que demuestra más que otro alguno su poderoso genio y un realismo muy semejante al de Velázquez.

EL ROBO DE GERTRÚDIS

El abuelito de Carlos y Lola, que como ya saben nuestros lectores por el artículo que publicamos en nuestro primer número, hizo que les construyeran un teatrillo y les enseñó una charada, es un señor que no descuida ninguna ocasión de entretener útil y moralmente á sus nietos, y como Carlos ha estado estos días pasados con un catarro, y su papá no quería que tomase frío vistiéndose y desnudándose para hacer las comedias ó las charadas, su buen abuelo los ha contado, para distraerlos, historias que ha leído ó oído contar cuando estuvo en Francia, y una de ellas vamos á referirla para conocimiento de los suscritores de LA ILUSTRACION DE LA INFANCIA aficionados á historias y sucedidos, como llaman algunos á los sucesos.

I

Allá por el año de mil ochocientos y tantos, la familia Joseph hizo prender á su criada Gertrúdis por robo.

Era Gertrúdis una muchacha de diez y ocho años, de una gran belleza y una distinción sumamente rara en su clase, y había entrado á servir en aquella casa desde que tenía muy poca edad, razón por la cual la miraban como de la familia, y decían las comadres murmuradoras que el hijo de la casa la quería, y que á ser la muchacha de otra clase no sería difícil que hubiese boda.

A todos chocó sobremanera la noticia del robo y de la prisión, y sobre todo la insis-

tencia y energía con que sus amos la acusaban de haber encontrado en su cofre dos eucharillas de plata que se creían perdidas después de buscarlas mucho tiempo.

Gertrúdis confesó que todo era verdad, y fué sentenciada á un año de prision.

Era tan trabajadora y limpia, que tenía su calabozo como una tacita de plata, y todos la admiraban en la cárcel; pero aún les causaba mayor admiración ver que todos los días venían á visitarla sus antiguos amos y la traían comida y hasta golosinas, en vez de insultos ni recriminaciones por su conducta.

Como en ninguna parte faltan curiosos, había quien refería que en esta diaria visita la preguntaban sus amos:

—¿No estás arrepentida ni sientes lo que has hecho?

Y ella les contestaba:

—No, no lo estoy!

Y al escuchar esta falta de contrición y este cinismo... la abrazaba el señor y la señora la besaba con gran entusiasmo.

La limpieza y especial aseo de su calabozo hizo con el tiempo que el director del establecimiento los quisiese iguales en sus habitaciones, y á ello se prestó Gertrúdis gustosa y aún á limpiar y arreglar los demás cuartos de toda la prision. Solamente el calabozo número 59 la faltaba que arreglar, y la advirtieron que no entrara jamás en él, puesto que en el tiempo que aquella cárcel fué prision de hombres había muerto allí un ladrón famoso que se solía *aparecer* por las noches como alma en pena.

Gertrúdis dijo que por amor propio no quería que hubiese ningún calabozo sin limpiarse por ella, que no creía en duendes, brujas ni demás supercherías de que tanto se hablaba en otros tiempos, y se empeñó en quedarse en él para arreglarle, toda vez que hacía muchísimos años que no se aseaba.

Varios días con sus noches permaneció Gertrúdis ocupada en sus faenas en aquel miedoso recinto, y algunas presas aseguraban que habían oído golpes y ruidos en aquella dirección, en el silencio de la noche, y una encargada de vigilancia que se había atrevido á acercarse, vió á Gertrúdis de rodillas, con el semblante descompuesto y lleno de sudor, con la respiración anhelante y con las manos llenas de sangre!!



II

Asombrada y temblando estaba la vigilante de ver aquel cuadro de tan horrible aspecto, y de buena gana hubiera escapado corriendo de aquel lugar; pero el mismo miedo la quitaba las fuerzas para moverse, y una curiosidad inmensa la detenía en aquel sitio.

Allí estuvo observando largo tiempo, y pudo enterarse de que Gertrúdis, con un clavo había estado sin descanso levantando los ladrillos del piso hasta hacer un agujero que con sus ensangrentadas manos escarbaba, agrandándole cada vez más.

De pronto no pudo del todo comprimir un grito de satisfacción, y su semblante se animó con una expresión de alegría indescriptible. En sus manos había una cosa que relucía al destello de un cabo de vela que alumbraba tristemente aquel misterioso lugar. Entonces la vigilante penetró en el calabozo, y Gertrúdis al verla se arrojó á sus pies, diciendo con la mayor angustia:

—¡No me perdáis, por Dios, no me perdáis! ¡Juradme callar lo que habeis visto!

(Se continuará.)



LA MONTAÑA.
DOLORA.

- Voy un tesoro á buscar
encima de esa montaña.
- Yo me voy á fabricar
en su falda una cabaña.
- ¿Es su gigante figura
que sube hasta el cielo mismo?
- Desde aquí se llama altura,
pero desde arriba abismo.
- Solo allí dicen que sube
volando el águila real.
- Si, ya sé; también la nube
lanza allí el rayo fatal.
- Diez días he menester
de una subida incesante.
- Pues mira; para caer,
con un minuto hay bastante.
- Muy bien está allí cifado.
- Aquí se cifra mi bien.
- Me verás muy elevado.

- Si; y muy pequeño también.
- Sube también.

- No conviene.

Quédate

- ¿Quédame? ¿quidá!

- ¡Qué majadero! ¿no viene!

- ¡Qué majadero! ¿se va!

- Adios (si sube á mi altura
yo le sabré proteger.)

- Adios (si llega á caer
yo le daré sepultura.)

C. L. DE C.

HISTORIA NATURAL.

Insectos.

LA CICINDELA (1)

Este insecto pertenece á la especie que los naturalistas llaman de los carniceros, porque constantemente se ocupa en la caza de otros insectos vivos que le sirven de alimento. La cicindela adulta, ó sea en estado perfecto, persigue cara á cara y valientemente á su presa; pero cuando se encuentra en la situación de larva no puede hacerlo por su especial configuración, y entonces se vale de la astucia y explota en su provecho la sorpresa, á imitación de la hormiga-león de que nos hemos ocupado. Al efecto construye un agujero en la tierra, de unos 50 centímetros de profundidad, y escondida en él, colócase en acecho, sosteniendo con su cabeza una pequeña porción de hierba y arenilla que cubre el precipicio.

Cuando cualquier insectillo, confiado, pasa por encima, retira con suma rapidez la cabeza, y cae la víctima á aquella cueva de sus crímenes, donde

(1) Véase la lámina de la página 34, figuras 4, 5 y 6.

sucumbe y alimenta á su enemigo que con la traicion y la destreza compensa su debilidad y carencia de facultades en su primitivo estado, para dedicarse á la caza en campo abierto.

Cuando llega el período de su metamorfosis en *ninfa*, cubre la entrada de su subterránea guarida, y allí permanece esperando con paciencia el día de su última trasformacion, en el que sale ya dispuesta para luchas más nobles, contando con sus ojos salientes de feroz aspecto, sus largas patas dispuestas para la agilidad y ligereza de la cacería, su coraza para la defensa y sus buenos dientes para la victoria.

Entonces desecha ya la traicion y la astucia y declara guerra más leal á una multitud de insectos que consigne vencer, y al destruirlos para su manutencion, presta indirectamente un servicio á la humanidad, librándola de aquellos insectillos que son nocivos para el hombre.

¿Qué ser habrá inútil, por pequeño que se presente á nuestra vista y débil que nos parezca? Ninguno; porque lo inmenso y lo pequeño cumplen sobre la tierra una superior mision de Aquel que todo lo ha creado útil en su infinita sabiduría.

El esta misma categoria de insectos cazadores ó carnívoros pertenecen tambien los *Catolomas*, que viven generalmente en el roble. La especie más conocida, de un color violado muy oscuro recamado de oro y bronce cobrizo, es enemigo declarado de las orugas, y al vuelo y á la cacería, de noche y de día, las persigue de árbol en árbol. Las larvas no son menos cenices, ni me-

nos hambrientas, y no les basta una sola oruga en su voracidad, sino que necesitan devorar muchas diariamente. Por el instinto adivinan donde se encuentra la caza y se instalan cerca del nido de las orugas, y es tal su glotonería, que llegan á llenarse su vientre de tal modo que parece próximo á estallar y quedan en un letargo por algun tiempo; pero no se enmiendan por esto, puesto que al volver á cobrar su agilidad continúan con la misma falta de moderacion en su manera de vivir.

Sus crímenes y atroces fechorías, tienen una circunstancia atenuante para el agricultor, y es que destruyen las orugas, esa plaga de la vegetacion que se come las hojas del arbolado.

LUIS DE CHARLES.

AVENTURAS

POR MAR Y POR TIERRA

DEL BARON DE MUNCHAUSEN

III

De como el Baron buscando distracciones se distrajo demasiado, y lo que le sucedió con un leon y un cocodrilo.

Una mañana desperté aburrido, con un humor más negro... que la noche; alguna que otra vez me ha sucedido, y entónces... ¡qué feliz hubiera sido matando á mi alrededor á troche y moche! haciendo atrocidades sin descanso, y muy especialmente mordiéndome los codos y la frente. ¡Hay dias en que el hombre está muy ganso! Pero esta vez, por via de recreo y distraccion al ánimo, me dije: —Pues señor, voy á dar el gran paseo para olvidar la *murria* que me aflige. Y dicho y hecho; mi baston tomando sali, y andando... andando... á la ventura, con el rumbo incierto, yo no sé cómo, me encontré en el puerto, y no sé cómo, me metí en un barco, y no sé cómo, atravesando el charco... en Africa me vi... junto al desierto...



Como yo no esperaba aquel gran viaje,
y me hallaba sin armas ni equipaje
y en un país extraño... francamente...
eché á correr precipitadamente,
buscando fonda, albergue, casa, asilo
ó cualquier cosa así por el estilo!
Corría... y de repente
un rugido escuché de gran fiereza,
y al volver la cabeza
vi, por desdicha mía,
que era un fiero leon que me seguía.
Sin más armas que un palo,
juzgué que la defensa era imposible,
dije con altivez: —...¡Esto va malo!
Y di á correr de un modo indescriptible!
Corría yo vertiginosamente
(nunca he visto correr por el estilo),
cuando de pronto se presenta enfrente
un feroz cocodrilo!!
Delante el cocodrilo me esperaba,
por detrás el leon me perseguía,
cada vez más el uno adelantaba,
cada vez más la boca el otro abría;
ya estaba entre los dos ¡feroz instante!
¡horrible por detrás y por delante!
El cocodrilo al verme tan cercano
abrió de par en par la boca horrible;
el leon africano,
encogiendo su cuerpo, ya el temible
salto dió... y con mi angustia y con mi anhelo
tuve talento y me arrojé en el suelo.
El leon, que con rauda ligereza
en el aire ya estaba,

pasando sobre mí, dió de cabeza
en la boca del otro que aguardaba.
Cerróla al punto el cocodrilo, y... claro,
cortó el cuello al leon,
y entónces yo no tuve ya reparo
y agarré mi baston.
Empujando, empujando
del leon la cabeza
ántes de que pudiera ir la mascando,
se la hice tragar en una pieza
y se ahogó el cocodrilo,
y entónces me quedé yo tan tranquilo.

ACERTIJO

De cinco aceros herida
yo no sé como no muero,
y, al contrario, considero
que así se aumenta mi vida.
Pero tan humilde es
y baja mi condicion,
que el más humilde varon
suele tenerme á sus piés!

(La solución en el próximo número.)

Solucion á lo charada inserta en el número 5:

PANTALON.

MADRID.—Lit. de N. Gonzalez, Silva, 12.